

Reflexiones sobre migración, el retorno y la construcción de la identidad compartida

Las plantas cuentan con algunos mecanismos naturales de dispersión que les permiten cierto grado de migración. No obstante, en la historia reciente, sin duda el agente diseminador de plantas ha sido el ser humano. Según el Real Jardín Botánico de Madrid y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), el ser humano es responsable del establecimiento de más de 13.000 especies vegetales, lo que supone un 3% del total en todo el planeta; sólo Europa ha “naturalizado” 4.000 especies de plantas. Madrid, por ejemplo, está llena de plantas “exóticas” de diferentes procedencias. La estética, su rápido crecimiento y eficaz adaptación a su nuevo hábitat son los criterios que se tienen en cuenta a la hora de elegir las especies vegetales que puebla Madrid. Algo así como los criterios que aplican para clasificarnos a los distintos tipos de migrantes.

Según el director del Jardín Botánico de Madrid: “Cuando las plantas se reintroducen en otro ecosistema distinto al de sus países originarios, algunas cambian su estrategia reproductiva y desarrollan la capacidad adaptativa para garantizar su supervivencia”.

En este mismo sentido, las personas que habitamos y pertenecemos al llamado Sur Global migramos al Norte por múltiples y razones y empleando variados medios; y por encima de las razones individuales, las razones estructurales e históricas que nos hacen migrar nos conducen inequívocamente al colonialismo. Una vez en territorio del Norte global, nos adaptamos, ocupamos espacios con sigilo y reinterpretamos nuestra existencia. Como cuando modificamos nuestras maneras de hablar para que las personas autóctonas nos entiendan. Porque claro, es muy difícil interpretar del contexto que “chévere” o “chido” significa “chulo”.

Conocí a Gin Ro en el 2018 en el Programa Orientado a Prácticas Subalternas (POPS) liderado e implementado por el colectivo migrante Ayllu. Las dos habíamos migrado meses atrás a España atraídas por la colonialidad del saber que nos hacía pensar que en Europa encontraríamos una robusta fuente de conocimiento. Buscábamos emprender la complicada tarea de descolonizarnos desde el pensamiento crítico de las que vivimos en la frontera y luchar en colectivo frente al dolor y la marginación; y por encima de todo, buscábamos eso que se tanto se extraña cuando se deja el hogar: familia y amistad. Creo que esto último lo hemos encontrado la una en la otra.

Gin Ro realiza una profunda reflexión sobre el proceso de migrar partiendo de la experiencia vivida, la suya propia y la de todas, como un sujeto mestizo centrado, capaz de representar a los demás sujetos fronterizos que, aún en su aparente pluralidad, es factible de ser clasificado como perteneciente a un género específico. Aquí confluye nuestro trabajo, pues ella pone en imágenes lo que a mí se me da mejor hacerlo con palabras. Yo doy vueltas a una idea escrita mientras ella con una fotografía te ubica en un lugar de cuestionamiento y construcción colectiva de identidad. Al final, palabra o fotografía, hablamos de lo mismo: de cómo España nos ha hecho sentir violencia y discriminación en su más puro estado, pero también me ha enseñado a resistir y re-existir rodeada de amistad. Creo que las dos hemos decidido hacer un poco de puente, entre tantas fronteras que dividen a la gente, en palabras de Gina Valdés. Y es que los sujetos mestizos que vivimos en un mundo de blancos nos enfrentamos a una constante contradicción y confrontación. El peligro es blanquearnos por el espejismo del falso bienestar que presenta Europa; pero es un peligro efímero que disipa rápidamente

a causa del constante recordatorio de nuestra no pertenencia, de altercados por nuestro español deficiente, y de la exigencia de adaptación.

España, mientras tengamos que adaptarnos a ti, nuestra identidad seguirá siendo ilegítima. En su trabajo, Gin Ro nos regala el derecho de preguntarnos de dónde venimos, de plantearnos qué hemos heredado de nuestros ancestros, qué hemos adquirido y qué nos ha sido impuesto. El proceso de migrar nos confronta con la ardua tarea de perseguir nuestro origen y descubrir que nuestra nueva realidad es vivir en las fronteras. Como diría Anzaldúa, "vivir en las fronteras significa saber que la india en ti, traicionada por 500 años ya no te habla... vivir en las fronteras es ser cruce de caminos".

El habitante de la frontera tiene una historia pública, la de las culturas originarias de Abya Ayala, la del colono, la de la extracción de nuestra tierra; pero tiene, también, una historia privada, personal, familiar, de experiencias íntimas y miedos ocultos, una historia de género, de raza, de clase y de luchas internas. Ante ese continuo fluir de grandes hechos históricos y pequeños acontecimientos personales, esa pluralidad de visiones, cabe suponer una historia múltiple, plural. Nada niega que así sea, pero sí se hace imperativa construir una historia común, construir lo que nos han robado, como colonizados y migrantes.

Escribir, hablar, crear, fotografiar, bailar de lo que nos rodea es una manera de ser revolucionarias y construir el relato de la nueva nación en la que cabe el migrar y también cabe el volver a nuestro hogar (cualquiera que ese sea) con sus matices e incomodidades.

Eso siempre nos unirá a Gin Ro y a mí.

*Volver a esta tierra donde nací y crecí me genera todo tipo de sentimientos.
Sus olores, sus sabores, el amor por mi familia, mis recuerdos, el mar,
me hacen sentir que soy de aquí,
pero al mismo tiempo hay una parte de mí que no lo es.
He migrado incorporando otros olores, otros sabores, otros amores.
Ochy Curiel*

Alba Rodríguez Díaz

Feminista Antirracista, amante del Caribe,
el baile y la escritura,
estudiante doctoral en Sociología,
Máster en Políticas Públicas, Máster en
Estudios de Género y Profesional en relaciones
exteriores.